

res, exigiendo de ellos que no cohabitasen en un solo apartamento, y que pronunciasen ambos voto de continencia. Se prohíbe dar el velo á las vírgenes hasta la edad de cuarenta años, aunque esto se debe entender segun todas las apariencias de las que permanecian en medio de los peligros del siglo. Se manda espresamente á los fieles, que solo exceptuen del ayuno cuadregesimal los domingos y no los sábados; sin duda porque los godos venidos de oriente habian tenido la costumbre de no ayunar los sábados de cuaresma. Permitióse á los pueblos germánicos por su costumbre de habitar con mas gusto en los campos que en las ciudades, en lo que los romanos principiaban á imitarlos, que tuviesen oratorios ó capillas domésticas; mas con la obligacion de celebrar las fiestas de Pascua, Nacimiento, Epifanía, Ascension, Pentecostes y los demás dias solemnes en las iglesias parroquiales, escomulgando á los que en estos dias celebrasen misa ó el oficio en los oratorios, sin permiso de los obispos. No deben ser tenidos por católicos los legos que no comulgasen en el dia de la Natividad. Ordénase formalmente á todos asistir á la misa el domingo, y no salir de ella hasta el fin.

Tuvo sin duda alguna San Cesario mucha parte en este cánón, con el fin de conseguir la reforma de un abuso que entonces era muy comun entre los fieles, que se ausentaban de las instrucciones saludables. Para estorbarles que saliesen de la iglesia despues de concluido el evangelio, y por consiguiente sin haber oido la homilía ó sermón, su celo le obli-

gó muchas veces á cerrar las puertas, y los culpados mismos le agradecieron esta especie de coaccion; porque no hay duda que la debilidad humana quiere algunas veces ser sostenida por medios diferentes de las reglas comunes, y que no son menos eficaces entre las manos de una sabia discrecion, y sobre todo en las de un hombre de santidad eminente. Prescribió tambien el concilio muy clara y formalmente que se concediese el viático á los que estuviesen en peligro de muerte, y diesen señales de penitencia. Al señalar la uniformidad en la celebracion del oficio divino, esplica detenidamente sus diferentes partes, y nos enseña que se componia entonces de antífonas, colectas ú oraciones, himnos y capítulos. La palabra antífona, cuyo sentido se limitó despues á algunos textos sacados de los salmos, significaba en la antigüedad los salmos enteros, y aun los himnos cantados á dos coros. Despues de esta y de algunas lecciones de los libros sagrados, principiaba la oracion: es decir, que lo substancial del oficio y el espíritu de los cánones es orar despues de haber cantado. „Cantar es sembrar, dice en uno de sus sermones San Cesario, á quien debemos mirar aquí como su intérprete; y orar, es cubrir el grano, para que no le arrebatasen las aves.”

21. Causará admiracion á algunos que eligiesen la pequeña ciudad de Agde para celebrar este concilio, pero era de mas interés del que se cree en el órden eclesiástico. Existia en Agde un monasterio de trescientos sesenta monges, que habia fundado algun tiem-



po antes San Severo, siro de nacimiento; y esta sola casa religiosa proporcionaba mucha comodidad para la celebracion de un concilio.

22. San Magencio fue uno de los mas ilustres discipulos del santo; quien para vivir pacíficamente en lo obscuridad se retiró de Languedoc su patria á un monasterio de Poitiers, y dejó su verdadero nombre que era el de *Adjutor* (1). Rigió despues aunque recluso un monasterio levantado anteriormente en las inmediaciones de Poitiers, que por el tiempo tomó el nombre de este santo, como tambien la ciudad formada en sus cercanías. Cuentan que al ver venir sus monges una tropa de soldados franceses, le sacaron á la fuerza de su celdilla, para que corriese á librarlos del peligro que los inquietaba. Pidió á los soldados que no hiciesen daño alguno á su iglesia, y uno de ellos desenvainó con ferocidad la espada para herirle; pero el brazo de este impío quedó inmóvil, hasta que puesto de hinojos ante el Santo consiguió su restablecimiento por sus oraciones. Este milagro hirió los oidos de Clodoveo, que hizo muchos honores al santo abad, y dotó su monasterio.

23. Residia á la sazón el Monarca francés en Poitou, para hacer la guerra al Rey Alarico. Inútilmente este Príncipe con sus visigodos, menos célebres en valor que los franceses, evitaban con cuidado todas las ocasiones de irritarlos. Clodoveo conocia su prepotencia, y la rivalidad y política le suministraban todo género de pretextos para utilizarse de sus fuer-

(1) *Act. Bened. Tom. 1. pag. 578.*

zas. Sin embargo, parece que otras causas distintas le escitaban con mayor viveza, estuviesen ó no cimentadas en la justicia y en verdaderos motivos de queja. Habia salido entonces de una enfermedad y su curacion habia sido milagrosa; pues atormentándole por mas de un año la fiebre lenta, que habia agotado todos los recursos de la medicina, acudió por consejo de su propio médico al supremo Señor de la enfermedad y de la salud.

24. Existia en el reino de Borgoña un santo abad llamado Severino, que gobernaba el monasterio de Agauno, levantado en el sitio donde habian padecido los mártires de la legion Thebea. (1). Clodoveo envió un oficial de su corte para que acompañase al Santo, el que no esperó el fin de su viage para acreditar la verdad del juicio que habian formado de él. Encontró al obispo Eulalio á su tránsito por Nevers, á quien consumia por espacio de un año una cruel enfermedad que le habia dejado sordo y mudo. Severino le curó con sus oraciones con una prontitud tan milagrosa, que el obispo se levantó inmediatamente, acudió el mismo dia á la iglesia, y egerció todas las funciones pontificales. Llegado á las puertas de París vió el Santo á un leproso, á quien sanó ciñéndole los brazos.

Al punto que pisó el palacio, se arrodilló para orar ante la cama del Rey: púsose en pie sin hablar palabra, se despojó de su casulla y vistió con ella al Príncipe, á quien en el momento abandonó la perti-

(1) *Bolland. ad diem 11. Februar. Act. Bened. t. 1. pag. 553.*



náz fiebre. Clodoveo se puso de rodillas á los pies del santo abad, bendiciendo al que es admirable en sus santos, y exclamando: „Padre mio, os ofrezco mi tesoro, tomad de él cuanto os plazca para los pobres, y usad con la misma libertad de la misericordia evangélica con todos los prisioneros de mi reinado.” Insensible Severino á todos los honores, curó otros muchos enfermos en el palacio del Rey y en todos los barrios de la capital. Dispensadas estas gracias, partió al momento como para regresar; pero sabia por revelacion que moriria en Castel-Landon en el Gatinés. Dió en efecto su santa alma al Criador tres dias despues de su llegada, acaeciendo una multitud de milagros sobre su sepulcro, en donde Childeberto, hijo de Clodoveo, levantó despues una iglesia.

25. Cuando Clodoveo vió restablecida su salud, dijo á los franceses que miraba con dolor una parte de las Galias en manos de los godos arrianos, y les propuso que la librasen del poder de estos hereges (1). Aplaudiéronle todos con vivas aclamaciones, y esta nacion guerrera estuvo bien pronto en estado de marchar hácia Poitiers, en donde residia á la sazón Alarico, Rey de los visigodos. Para conseguir las bendiciones del cielo sobre esta grande empresa, edificó Clodoveo en París cerca del sepulcro de Santa Genoveva una iglesia que pasó por una de las mas magnificas de su tiempo, y á cuya obra dieron fin despues de la muerte del Rey por el celo de la Reina Clotilde. Observamos que habia en su vasta estension

(1) *Gregor. Turon. lib. 2. hist. cap. 37.*

muchas pinturas que representaban Santos de unio y otro testamento. Allí acaecieron muchos milagros; y en el mismo siglo se invocaba ya á Santa Genoveva para la curacion de las calenturas, del mismo modo que se practica en el dia. El Rey prohibió á todo su egército antes de poner el pie en las tierras de los enemigos, robar vaso ni ornamento alguno de los altares, ó insultar de cualquier modo que fuese á las vírgenes ó á las viudas sagradas, á los clérigos, á su familia, á sus domésticos, y aun á los esclavos de las iglesias. Ordenó decir á los obispos despues de la guerra, que estaban en el caso de reclamar lo que hubiesen perdido, y pedir la libertad de los esclavos: estas órdenes se cumplieron exactamente. El respeto de este Príncipe á San Martin hizo ordenar al pasar por Tours, que ninguno tomase cosa alguna mas que yerba y agua. Un soldado á pesar de esta orden quitó á un pobre un poco de heno, diciendo que solo era yerba; pero el Rey mandó castigarle al punto con pena capital. Porque ¿cómo lograremos la victoria, dijo el Monarca, si ofendemos al gran San Martin? Cuando se acercó á Poitiers ordenó asimismo conservar con gran cuidado las tierras de esta iglesia en memoria de San Hilario.

Alarico salió mientras esto sucedia de la ciudad, y adelantándose á las llanuras de Vouille, presentó batalla al Rey de los francos que no ansiaba otra cosa con mas ardor. Pelearon con todo el encarnizamiento de dos naciones rivales, de las cuales escitaba á la una el doble motivo de su propia gloria y



de la defensa de la fe contra los perseguidores del nombre católico; y á la otra el horror de la esclavitud y de una total ruina. Interim motivos tan robustos conservaban indecisa la victoria, distinguió Clodoveo en medio de la pelea al Rey Alarico: penetró por medio de todos, suspendió los esfuerzos de los godos atónitos, acometió á su rival, le arrojó en tierra, y le despojó de la vida. Mas en el momento de la victoria se agolparon todos los peligros sobre el vencedor. Cayeron de golpe los godos sobre él como desesperados, asaltáronle con una especie de rabia y le descargaron mil golpes antes que tuviese tiempo para conocerlos; y á pesar del fino temple de sus armas y de su talento militar, juzgó que debía su vida á una especial protección del cielo. He aquí la única resistencia que opusieron los enemigos despues de la muerte de su Rey, poniéndose todos en cobro segun su costumbre, dice Gregorio Turonense, excepto una tropa auxiliar de auverneses que combatió todavía algun tiempo, dirigida por Apolinar, hijo de San Sidonio, y el mismo que algunos años despues fue elevado á la silla episcopal de Auvernia.

26. El Príncipe Amalarico, hijo del Rey, enteramente derrotado se salvó en España, donde le reconocieron Monarca de los visigodos que ocupaban ya la mayor parte de ella. En cuanto á la Aquitania, la conquistó Clodoveo casi toda entera; y al año siguiente marchó hasta Tolosa, que fue donde los Reyes godos habian residido hasta entonces, y donde estaban los tesoros de Alarico, de los cuales se apoderó el

vencedor. Regresó desde allí á Tours colmado de gloria y de riquezas: hizo su entrada con pompa y magestad, y marchó en triunfo desde el sepulcro de San Martin que estaba fuera de la ciudad, hasta la iglesia catedral. Habia recibido una embajada del Emperador Anastasio, que le remitia el título de patricio con la toga de púrpura, el círculo ó diadema de oro, y las demás insignias de la dignidad patricia. Ornado con estas insignias, con la corona en la cabeza, y con el collar de oro, caminaba lentamente sobre un caballo en extremo hermoso y bizarro, arrojando al pueblo durante la marcha muchas monedas de plata. No puso en olvido á la iglesia de San Martin en la alegría de esta fiesta, pues la regaló presentes de muchísimo valor, no menos que á la de San Hilario de Poitiers. Volvió á París poco despues, donde estableció su residencia; y así esta ciudad fue capital del reino en el reinado del primero de sus Reyes. Opinan que eligió para su morada el antiguo palacio, levantado y habitado por el Emperador Juliano fuera de la ciudad por la parte de mediodía, á poca distancia del sepulcro de Santa Genoveva, donde para cumplir su voto mandó que se abriesen al instante los cimientos de la iglesia de San Pedro y San Pablo.

27. Los visigodos conservaban todavía la Galia Narbonense, donde Teodorico, Rey de Italia, defendia los intereses de su jóven Rey Amalarico, nieto suyo por la línea materna. Los borgoñones, no menos enemigos de los godos que los franceses, se unieron con ellos para formalizar el importante sitio de la ciu-



dad de Arlés. Estuvo, pues, esta plaza estrechada vivamente, y los ciudadanos parecían tan consternados, que en tal conflicto un clérigo jóven pariente del santo obispo Cesario juzgó no poder evitar el peligro sino pasándose á los enemigos, con cuyo designio se descolgó de noche por las murallas con una cuerda (1). No pudo permanecer tan secreta esta fuga que no llegase á noticia de algunos godos, y al momento quisieron hacer responsable de ella al obispo, como superior y como pariente del transfuga. Bastó este suceso para sospechar; que en tales ocasiones sirven muchas veces las apariencias de convicción, y acusaron al obispo de haber enviado á su clérigo á los enemigos para entregarles la plaza. Rehusaron considerar que los principales acusadores eran los judíos, opuestos por su estado al clero y al obispo; ni quisieron recordar que habian calumniado al santo prelado sobre la misma materia en vida de Alarico, y que á pesar de haber sido espelido á Burdeos, habia mostrado su fidelidad y todas sus virtudes de una manera tan poco equívoca, que el cielo las aprobó con un milagro ilustre, apagando con sus oraciones un furioso incendio; y en una palabra, aunque habian reconocido su inocencia tan auténticamente, que el Rey habia condenado al delator á ser apedreado.

La perfidia triunfó de todas estas consideraciones; arrancaron al obispo de su habitacion, la que saquearon, asiendo de su persona con el designio de arrojarle á la noche siguiente en el Ródano, ó al menos

(1) *Vit. S. Cesario. lib. 1. cap. 15.*

encerrarle en el castillo de Ugerne, hasta que les fuera permitido disponer de su suerte. Este castillo segun todas las apariencias estaba, no en el parage donde se halla hoy la ciudad de Belcaire, sino en la isla de Ugerne que forma el Ródano, y que en otro tiempo la llamaron Gernica. Los sitiadores, ó por mejor decir, la Providencia estorbó á los godos hacer pasar á esta isla la barca donde iba el Santo, y la misma Providencia tardó poco en justificarle; pues un judío arrojó á los enemigos desde lo alto de la muralla una carta envuelta en una piedra, avisándoles que concurriesen por la noche á un parage custodiado por los de su nacion, bajo el pacto de que conservarian á estos sus bienes y la vida. Mas luego que cesó el asalto á la siguiente mañana encontraron la carta algunos habitantes, y reconocieron todos sin dificultad de quienes debian justamente sospechar, y publicaron por segunda vez la inocencia del obispo.

28. Aunque no habia manifestado amor á los francos y borgoñones armados contra su Soberano, dió á conocer su caridad con gran ternura y grandeza de alma luego que vió su vencimiento y su desgracia. Teodorico envió desde Italia un ejército para que auxiliase á Arlés, y no solo se vieron en la precision de levantar el sitio los enemigos que estaban ya apurados en extremo, sino que fueron derrotados aun en la retirada; siendo tan grande el número de los que quedaron prisioneros, que se llenaron todas las iglesias. Cesario les facilitó vestidos y alimentos, y despues empleó en su rescate todo el dinero que habia



en el tesoro de la iglesia : mas no siendo bastante esta plata , no tardó en vender los cálices é incensarios , ni en quitar los adornos de las columnas y balaustradas. Alentaba principalmente su celo el peligro de la seducción de estos prisioneros que estaban bajo la potestad de los arrianos ó de los judíos. „Si el Salvador , decia , dió su cuerpo y su sangre para redimir á los hombres , ¿ le ofenderemos por caso nosotros empleando en el mismo uso los vasos en que se contiene este cuerpo y esta sangre ? ” Subia de punto la caridad del santo obispo á vista de los pobres vergonzantes , y de continuo los encomendaba al criado que le servia , corriendo él mismo muchas veces á la puerta para ver si habia alguno que no osase entrar.

29. Habia principiado antes del sitio de Arlés á levantar para su hermana Cesaria un monasterio , y se gloriaba de trabajar él mismo en este edificio. Mas los sitiadores destruyeron una gran parte de él , y cargaron particularmente con la madera para sus obras. Despues de concluido el sitio volvió de nuevo á la obra á pesar de este inconveniente , y trabajó con mas calor que antes. Mucho mayor era la iglesia de lo que podia exigir un monasterio de vírgenes ; pues tenia dos obras colaterales , dedicada la una á San Martin , y la otra destinada para las religiosas de San Juan , cuyo nombre tomó todo el monasterio. El medio que servia de iglesia exterior , le consagraron á la Virgen nuestra Señora ; pero el público insensiblemente mudó todos estos nombres en el de San Cesario. Concluidos que fueron estos edificios , se trasladó

Cesaria de Marsella , adonde habia ido á aprender y practicar primero lo que debia enseñar á las otras. Era célebre esta ciudad por las religiosas fundaciones de Casiano para personas de ambos sexos , y por sus instituciones ó reglas monásticas.

30. El monasterio de Santa Cesaria adquirió no menos fama con la regla que le dió su hermano (1) : y aunque al principio no tuvo la Santa mas que dos ó tres compañeras , concurrieron al instante de todas partes muchas vírgenes á ponerse bajo su direccion. Cumplian con exactitud las reglas que les prescribian la separacion del mundo y la clausura , que es el primer artículo de San Cesario. Las religiosas no podian salir , y escepto el caso de una extrema necesidad no penetraban en el monasterio ni aun las mugeres. Se prohibia con mucho mayor rigor dar de comer á persona alguna , ni al obispo , esceptuando solamente á las madres de las religiosas que venian de fuera de la ciudad á ver á sus hijas. No debian hablar estas religiosas mas que á sus parientes , y á presencia de alguna de las antiguas. Tenia obligacion la abadesa por su oficio de tratar con mas frecuencia á otras personas ; pero no debia ir al locutorio sino acompañada de dos ó tres hermanas.

Con la misma puntualidad se vigilaba sobre la sencillez de la habitacion , del vestido y de las demás cosas exteriores de la vida. Debian los hábitos ser uniformes y pobres , hechos en el monasterio , de lana y todos de color blanco. Por una figura trazada en

(1) *Cod. regul. tom. 3. pag. 11.*



el libro de la regla, fija el fundador la altura del tocado de la cabeza: en lo que sin duda las mugeres de aquel tiempo mostraban ya su vanidad. Deben ser de lana y sin bordado hasta los ornamentos mismos del altar, y solo han de ser de plata los vasos sagrados. No está permitido el adorno de pintura, á no ser en la basilica de la Virgen, que sirviendo de iglesia exterior podia estar mas adornada que el oratorio de las religiosas. Las hermanas no deben hacer obra alguna de tapicería ni bordado, sino emplearse en un trabajo tan humilde como todo lo demás de su vida, y el que la superiora señale á cada una. Eran los lechos como los vestidos sin ningun adorno en los cubrecamas; y se colocaban en una sala comun, no teniendo religiosa alguna aposento particular, ni armario cerrado. Todas carecian de criada, inclusa la abadesa.

No se admitian allí pensionistas, pero se recibian niñas de seis á siete años para ser religiosas, es decir, para educarlas con este fin, y profesar cuando llegasen á la edad conveniente. No hay probabilidad alguna de que se las consintiese contraer un vínculo irrevocable en una edad tan tierna, aunque consta que podian obligarse en la minoridad. Sirve este artículo de la regla de San Cesario para interpretar un cánon en que el concilio de Agde prohíbe dar el velo á las vírgenes antes de la edad de cuarenta años; dándonos á entender, que este reglamento solo era concerniente á las que habitaban en medio de los peligros del siglo.

Las lecciones piadosas, la larga salmodía, el trabajo comun, el silencio y recogimiento, la imposición de las penitencias, los ayunos particulares, en una palabra, todo el cuerpo de la disciplina religiosa era en aquellos tiempos el mismo que se conserva hoy dia. Notamos al mismo tiempo, que ya por aquella época se cantaba el *Te Deum* despues de maitines en los dias solemnes. Servíanse los dias de ayuno tres platos en la comida, y en los demás solo dos, por lo comun muy sencillos; en las fiestas principales se aumentaban algunos manjares algo mas gustosos. Nunca comian carne, y únicamente se servian aves á las enfermas.

La santa Sede dió su aprobacion al establecimiento del monasterio de Arlés, y á ruegos de San Cesario concedió á esta comunidad el privilegio de esencion, quedando no obstante sujeta á la visita episcopal. En cuanto á la venta y donacion de algunos bienes eclesiásticos, hecha ya en favor de este monasterio, obtuvo igualmente la facultad del Papa con la precisa condicion de que conviniesen en ello los obispos de la provincia, lo que verificaron.

31. Clodoveo, despues de levantado el sitio de Arlés, no emprendió cosa alguna contra los godos. El arreglo de sus nuevos estados llamó principalmente su atencion; y lo que era todavía mas digno del primero de los Reyes cristianos, y del único que era entonces católico, exhortó á los obispos á restablecer la disciplina, que con tantas turbulencias y guerras nacionales se habia debilitado mucho: con este ob-

